

Lo otro femenino: sobre diosas de vida y muerte

The other feminine: About life and death goddesses

Marta Cecilia Castaño Sánchez*

*La Naissance de Venus
de William Adolphe Bouguereau*

*Nada mejor para cantar la vida,
y aun para dar sonrisas a la muerte,
que la áurea copa en donde Venus vierte
la esencia azul de su viña encendida.
Por respirar los perfumes de Armida
y por sorber el vino de su beso,
vino de ardor, de beso, de embeleso,
fuérase al cielo en la bestia de Orlando,
voz de oro y miel para decir cantando:
la mejor musa es la de carne y hueso!*

(Rubén Darío. Balada en honor de las musas de carne y hueso)



Resumen

El presente trabajo quiere recrear en la narrativa de diferentes culturas, la imagen o símbolo de la mujer, diosa creadora y destructora, capaz de la vida y la muerte, del odio y la compasión, del amor y la guerra. Aquellas diosas que invocadas por sus adeptos en diferentes lugares del mundo siguen revelando e incitando poder, miedo, perdón y sacrificio; los nombres de estas mujeres, reales o imaginarias, históricas o simplemente ficticias, originados en la mitología y en el devenir de los pueblos, siguen llenando nuestras mentes de explicaciones psicológicas, filosóficas, sociológicas, en fin, seguimos tejiendo relaciones que den sentido a su existencia y que nos aporten a la propia, además de alimentar nuestra creatividad, narrativa, arte o simplemente placer.

Palabras clave: *Diosa, monstruo, deidad, divinidad, teogonías.*

* Magister en Educación y Desarrollo Comunitario. Docente Institución Educativa Concejo Municipal. Rionegro, Antioquia, Colombia.
E-mail: chachy442@hotmail.com

Abstract

The present work intends to recreate the image and/or symbol of creative and destructive woman, giver of life and death, hatred and compassion, love and war. Those goddesses that, invoked by their followers in different places from the universe, continue to reveal and urging provoking power, fear, pardon and sacrifice. The names of these real or imaginary, historical or simply fictitious women, originated in mythology and in the historical events of peoples continue to crowd our minds with psychological, philosophical, sociological explanations. In short, we continue to weave ties to deliver meaning to their existence and to feed our creativity, narrative or merely our pleasure.

Key words: Goddess, monster, deity, divinity, theogonies.

Lo otro femenino

La expresión, “lo otro femenino” forma parte de una concepción filosófica y política, propuesta por numerosos movimientos sociales, procedentes de todas partes del mundo, quienes reunidos en el Foro Social Mundial consolidaron una alianza para crear una nueva sociedad, con una lógica distinta a la actual que pone al mercado y al dinero como la única medida de valor, con la esperanza de que un nuevo mundo sea posible, donde el ser humano y la naturaleza sean el centro de nuestras preocupaciones.

Desde esta expresión, lo otro femenino que hace parte de un conjunto de expresiones que se refieren a “otro mundo posible”, se busca construir una sociedad, distinta a la lógica del totalitarismo, donde la hegemonía del patriarcado pueda ser deconstruida a través de una filosofía que se instale en toda la sociedad mediante el movimiento que representa la lucha y la esperanza por otra forma de ser, de decir, de pensar y de sentir en la que, el ser humano, hombre y mujer, sean iguales en derechos y diferentes en subjetividades, realidades desde las cuales se les debe reconocer (Vivas, 2004).

El caso particular de lo otro femenino hace relación al hecho de que las mujeres tenemos un mundo propio, “un cuarto propio”, al decir de Virginia Woolf, que intenta orientarse por direcciones diferentes a las tradicionalmente marcadas por el patriarcado, lo cual es difícilmente aceptado por los hombres en su hegemonía. La filosofía

que encierra este concepto posibilita a la mujer no ser ya más el otro del universal; buscando la legitimidad de su discurso (Baptista, 2001), no ser tomada más como minoría, sino ser reconocida en mayoría de edad, capaz no solo de votar sino de participar activamente en las diferentes proyecciones sociales, políticas, culturales, artísticas y demás manifestaciones de la sociedad.

Uno de los fines de esta concepción, en lo referente a lo femenino, es mejorar la equidad, la justicia social, la democracia y la seguridad para todos, sin distinción alguna, basados en la equidad entre mujeres y hombres, evitando sistemas sexistas, excluyentes y patriarcales, que incrementen la feminización de la pobreza y la exacerbación de la violencia, donde las principales víctimas son las mujeres y los niños.

Para construir nuevas representaciones de lo femenino en la escena contemporánea hay que buscar en las más profundas raíces de nuestra historia, donde subyacen, sin duda, los fundamentos de una sumisión, obediencia, o dependencia que llegan en ocasiones a extremos exacerbados frente a la diferenciación del hombre y la mujer, en la que ella es vista o puesta en menor valoración que el hombre. Los mitos ofrecen dos visiones de la creación: la patriarcal y la matriarcal, destacando la figura del hombre o la mujer respectivamente. Una lectura permanente de estos puede permitir, tal vez, la interiorización de un equilibrio entre los roles femeninos y masculinos en la sociedad, procu-

rando la consolidación del otro mundo posible que necesitamos para que nuestra civilización tenga un mejor futuro.

Del mito a la coyuntura actual

Una amplia lista de mujeres excepcionales nos han legado culturas como la griega, la egipcia, la africana, la australiana, la indígena. El dolor, la fidelidad, la justicia, la alegría, la belleza, la amistad y la bondad, llenan las páginas de la épica, la tragedia, la mitología y, en general, la literatura. Esos sentimientos ideales los encarnan personajes femeninos que han llegado vivos hasta nuestros días, oscilando entre los artilugios que las representan diversamente como furia, como gracia, como musa, o como instrumento fértil, nutriente y capaz de criar, así también ansiosa de tomar las armas, de luchar, de atacar y de defender, atributos que podían ser considerados esencialmente masculinos. Esta mujer, que aún existe, vive en las sociedades patriarcales y machistas, como son las de los países latinoamericanos, donde a muchas mujeres se las considera un lujo y una adquisición sin función esencial; y más que nada, sin poder económico o político, un ser trivial que ostenta sus vestimentas y sus joyas para expresar la fortuna del hombre, cuyos encantos lograron conquistar (Larocca, s.f.).

Prueba de ello aparece en la cotidianidad y la narrativa de las llamadas narconovelas, cuyos contenidos literarios han marcado un gran auge en la industria de la televisión y el cine en nuestro país y otros países latinos, siendo producto de exportación, incluso a países europeos; vale la pena mencionar por ejemplo, la novela, serie de televisión, en dos versiones, con pequeñas variaciones de contenido y diferentes actores, y además película en pantalla grande, “Sin tetas no hay paraíso”, del escritor colombiano Gustavo Bolívar, que recrea la cotidianidad de mujeres de distintas partes del país que sueñan con dinero, el cual consiguen de variadas formas, para

costearse la operación de sus senos, con lo cual pueden lograr el codiciado puesto de prepagos de grandes mafiosos del país y del exterior. De igual manera se puede referenciar en este género “Las fantásticas” de Juan Camilo Ferrand, quien además hizo la adaptación para llevar la historia a la televisión con el nombre de “Las muñecas de la mafia”, narrando la historia de varias mujeres que por diferentes motivos terminan involucradas en este mundo con todo lo que ello implica; esto es pues una referencia a la ostentación de la mujer como artículo de lujo, en distintas culturas y sociedades del mundo.

La propuesta que hace este artículo es acercarnos a algunos mitos, provenientes de diferentes culturas, donde la mujer es predominante, lo cual puede permitirnos interpretar su papel en la familia, en la cultura, y en la historia de los pueblos. Algunas de ellas encarnaban la energía de los elementos femeninos del Cosmos: el Agua, la Tierra y la Luna. Otras, en cambio, se adjudicaban el dominio de las fuerzas ocultas, el mando de las bondades o la furia de la naturaleza. Todas, sin embargo, tejían con sus manos mágicas el destino del hombre en este mundo. Encontramos en la mitología modelos de fidelidad como Penélope, quien espera a su esposo Ulises, durante toda su travesía de regreso desde Troya hasta Itaca, inspiración para que Borges escribiera:

Al cabo de veinte años de trabajo y de extraña aventura, Ulises, hijo de Laertes, vuelve a su Itaca. Con la espada de hierro y con el arco ejecuta la debida venganza. Atónita hasta el miedo, Penélope no se atreve a reconocerlo y alude, para probarlo, a un secreto que comparten los dos, y sólo los dos: el de su tálamo común, que ninguno de los mortales puede mover, porque el olivo con que fue labrado lo ata a la tierra. Tal es la historia que se lee en el libro vigésimo tercero de la Odisea. Homero no ignoraba que las cosas deben decirse de manera indirecta. Tampoco lo

ignoraban sus griegos, cuyo lenguaje natural era el mito. La fábula del tálamo que es un árbol es una suerte de metáfora. La reina supo que el desconocido era el rey cuando se vio en sus ojos, cuando sintió en su amor que la encontraba el amor de Ulises. (Borges, 1987)

Modelos de sacrificio como Alcestis quien ofrece morir en lugar de su esposo, cuyo castigo era morir por no haber ofrecido sacrificio a la diosa Artemisa el día de la boda, pero el dios Apolo consigue que se salve del castigo si alguien decidiera sacrificarse por él, lo cual hace su esposa Alcestis demostrando su gran amor.

Entre estas hermosas y hábiles mujeres también encontramos los ardides para conseguir sus fines, como obtener el amor deseado, vengarse de alguien por celos, envidia o rivalidad, y aun para vengar la muerte o la afrenta a sus seres queridos. Son numerosas las escenas mitológicas donde aparece Hera (Juno), la diosa olímpica ocasionando dolor, metamorfoseando a sus rivales y persiguiendo a su infiel esposo por Olimpo y por tierra; de igual manera Venus (Afrodita) busca causar males a Psique por el solo hecho de ser más bella que ella, que era una diosa; tanto las diosas como los dioses mitológicos se ponen de parte de los humanos en las diferentes batallas, rivalizando entre sí, para comprobar no solo sus poderes como todopoderosos sino su influencia en los humanos y el número y la calidad de adeptos que tenían entre ellos.

La psicología, en particular, se vale de algunos de estos mitos, especialmente los griegos, para el caso de Occidente, para explicar ciertos comportamientos del ser humano. Así, por ejemplo, Edipo rey, ha pasado a la historia como famoso por haber matado a su padre y haberse casado con su madre Yocasta con quien tuvo dos hijos y dos hijas, cumpliendo así el designio del Oráculo, del cual había pretendido huir (Sófocles, 1981).

Este relato constituye el complejo de Edipo, según el cual los hombres desarrollan un gran apego a sus madres, lo que puede ocasionarles dificultades en su comportamiento tanto en pareja como socialmente. El complejo se refiere a las emociones y los sentimientos infantiles en los que se presentan deseos amorosos y a la vez hostiles hacia los progenitores, según Freud (1996), es el deseo inconsciente de mantener una relación sexual (incestuosa) con el progenitor del sexo opuesto y de eliminar al padre del mismo sexo (parricidio).

De igual manera Electra, hija de Agamenón rey de Micenas y Climnestra, se venga de la infidelidad de su madre con Egisto, y del asesinato por la misma de su padre, a través de su hermano Orestes, configurando el complejo de Electra, sobre el apego patológico de las hijas a sus padres. El mito de Electra ha sido tomado por la psicología para describir el momento en el que algunas niñas demuestran una predilección o enamoramiento del padre, llegando incluso a sentir celos o rivalizar con la madre, con lo cual se procura explicar la maduración de la mujer; es algo muy común a todas las niñas en algún momento de la infancia aunque, en algunas ocasiones, va más allá. La fijación afectiva o enamoramiento hacia el padre puede generar una situación de rivalidad con la madre. Se supone que es una dinámica normal en el desarrollo de las pequeñas, que puede observarse a partir de los 3 años, y que en un plazo de dos años suele resolverse de forma natural (Jung, 1999).

En la mitología hay, pues, muchos ejemplos como estos, que son asumidos desde las ciencias sociales como argumentos literarios para interpretar y describir situaciones trágicas, épicas o simplemente comunes, ya que los dioses y las diosas adquirirían condiciones y cualidades humanas en la narrativa y los rituales sagrados.

La mujer, figura determinante de la creación en la mitología griega

Muchas religiones nacen a partir del intento por dar una explicación satisfactoria a una serie de cuestiones: ¿por qué cae la lluvia?, ¿hay alguien superior que cuide de los seres humanos?, ¿es justo el orden político que tenemos?, entre otras. La religión de los griegos nació un poco por la serie de agregaciones que poetas y cultos locales sucesivos fueron concibiendo. De esta manera, en los mitos griegos se entrelazan historia, leyenda, literatura, tradición y una pizca de curiosidad sobre el mundo. Los griegos desarrollaron su propia versión de la gran pregunta: ¿de dónde vienen todas las cosas? (“La creación según los griegos”, 2007).

La mujer ha sido considerada por numerosas culturas como portadora de vida y creadora de cuanto existe. En líneas generales, la mujer fue el símbolo de la Materia-Madre-Mar, y el hombre lo fue del Espíritu-Padre-Fuego. Pero eso no impidió que existieran diosas del fuego o dioses de las aguas, entendiendo que uno y otro elemento son parte de una unidad primera que los contiene y justifica (Benítez, 1995). La mitología griega describe a Gea (Gaía) como originadora del mundo después del absurdo y absoluto caos primigenio. Inicialmente ella sola, sin ayuda del ente masculino, crea numerosas formas de vida, y luego ella, junto a su criatura Urano (el Cielo), crean nuevas formas de vida. que se van sucediendo, mostrando desde el principio la malicia y sabiduría para competir con la fuerza y el poder ejercidos por el hombre o macho. Esta unión da a luz a los seis titanes: Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Japeto y Cronos; también a las seis titánides: Tía, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis; después nacieron los cíclopes (monstruos gigantes con un solo ojo), divinidades relacionadas con el rayo y el trueno,

y por último nacieron los Hecatónquiros, seres de cien brazos, gigantescos y violentos.

Urano odiaba a todos sus hijos, por lo que los obligaba a vivir en las profundidades de su madre. Un día ella decidió liberarlos y les pidió que se vengaran de su padre, pero todos le temían demasiado. Solo el menor, Cronos (Saturno), aceptó, pues lo odiaba mucho. Gea le entregó una hoz de acero a su hijo, y en la noche, cuando Urano cubrió a Gea toda para unirse con ella, Cronos le cortó los testículos a su padre y los arrojó detrás de él. La sangre que brotaba de la herida fecundó a Gea y de ahí nacieron los Gigantes, las Herinias y las Ninfas de los Fresnos, además de otras divinidades relacionadas con los árboles (Hard, 2008).

Posterior a esta mutilación, Gea se unió con Ponto (Mar), de donde nacieron las divinidades marinas: Nereo, Taumante, Forcis, Ceto y Euribia. Pero Gea seguía descontenta por la suerte de los Hecatónquiros, que habían sido derrotados, por lo que se une con Tártaro (dios de los abismos) y engendró a Tifón, con quien tuvieron que luchar los dioses por largo tiempo. Además de esta unión nació otro monstruo, Equidna. La mayoría de las teogonías le atribuyen a Gea la maternidad de diversos monstruos como Caribdis, las Harpías, Pitón, el dragón guardián del vellocino de oro e incluso la Fama.

Las hijas de Gea, las Titánides, ocupan también lugares relevantes en la mitología, y sus hijos representan divinidades y héroes que de una u otra forma marcaron el destino del Olimpo y de los humanos. Así, por ejemplo, Febe, fue madre de Ceo y Leto; Mnemosine, madre de las nueve musas; Tetis, madre de las Horas y las Moiras con Zeus; Tea (Eurifaesa), madre con Hiperión de Helios (sol), Selene (luna) y Eos (Aurora), y Rea (Cibeles) quien tiene tres hijos, Zeus (Júpiter), Poseidón (Neptuno) y Hades (Plutón) y tres

hijas, Hera (Juno) quien luego será la temida esposa de Zeus (Júpiter), Deméter (Ceres) y Hestia (Vesta). Así con el tiempo, Gea se convirtió en la madre universal, y conforme el mundo helénico personificaba a sus dioses, la tierra se encarnaba en divinidades como Deméter o Cibeles, y la tierra como elemento abandonaba la mitología. Gea se consideraba además, como inspiradora de muchos oráculos, poseía los secretos de los Destinos, y sus predicciones eran más antiguas y seguras que las del mismo Apolo.

Rea (Cibeles), hija de Gea, forma pareja con Cronos (Saturno). Mientras, Cronos reinaba en el mundo y se había vuelto un tirano terrible y había encerrado a sus hermanos en el Tártaro, por lo que Gea planeó una nueva venganza. Cuando todo el espacio que existía entre el cielo y la tierra se vio abierto, Cronos se convirtió en el amo y señor de todo el universo. Cuando Cronos (también conocido como el tiempo) mató a su padre Urano, este le dijo que uno de sus hijos le quitaría el trono y se convertiría en el dios existente más poderoso. A Cronos no le pareció nada divertida la idea de que fuera a ser destronado, por lo que juró que mataría a todos y cada uno de los hijos que tuviera. Aquí es donde comienza la gran aventura de los dioses griegos. El nacimiento de todos los dioses griegos depende de que alguien pueda liberarlos de la terrible muerte que su padre les va a proporcionar.

Los hijos de Rea y Cronos habían sido devorados por su padre, pero cuando ella estaba encinta de Zeus, pidió ayuda. Gea y Urano le revelaron el secreto de los Destinos y le enseñaron cómo burlar a Cronos. Cuando el niño nació, Gea lo escondió en una caverna, al mismo tiempo que a Cronos le era entregada una piedra envuelta en mantillas, que devoró sin notar la diferencia. Zeus, escondido en Creta, fue criado por unas ninfas y amamantado por la leche de la cabra Amaltea (la misma representa la constelación

Capricornio, en su honor). La cuna de Zeus colgaba de un árbol, ya que así Cronos no lo encontraría en cielo, mar o tierra. Alrededor de su cuna estaban los Curetes (sacerdotes guerreros), quienes cuando Zeus lloraba, bailaban y hacían sonar sus armas para que Cronos no escuchara su llanto. Zeus ya adulto, consiguió provocar que Cronos vomitara a sus hermanos. También liberó a los Hecatónquiros y a los Cíclopes que estaban encerrados en Tártaro.

Así se forma una guerra entre los Titanes y los Dioses Olímpicos: la Titanomaquia. Los Titanes eran comandados por Cronos y los Olímpicos por Zeus (quien contaba con la ayuda de los Cíclopes, los cuales le dieron el rayo a Zeus, un Tridente a Poseidón, y el Casco de Invisibilidad a Hades; y los Hecatónquiros, que lanzaban cien piedras a la vez con sus cien manos cada uno). Los Olímpicos rápidamente lograron derrotar a los Titanes. Cronos y sus aliados sobrevivientes fueron encerrados en Tártaro, y los Hecatónquiros quedaron a cargo de vigilarlos. Zeus castigó duramente a Atlas (uno de los cabecillas de los Titanes durante la guerra), hijo de Japeto, y lo condenó a cargar los cielos y la tierra sobre sus hombros. Zeus se convirtió en el nuevo rey de los dioses, dividiéndose el mundo con sus hermanos Poseidón y Hades. Se lo repartieron al azar poniendo el cielo, el mar y el inframundo en un yelmo. A Zeus le correspondió el cielo, a Poseidón el mar (por lo que se considera dios del mar y los océanos), y a Hades, el inframundo (llamándose dios de los infiernos). La tierra y el Olimpo se consideraron territorio común a los tres (López, 2008). Zeus se unió entonces a Hera (diosa del Matrimonio) formando así la Tercera Generación Divina.

Grecia adquirió gran trascendencia por el legado que sus ancestros dejaron en la filosofía y la cultura occidentales. Los antiguos griegos desarrollaron una vasta cultura basada en dioses inmortales y poderosos, crueles y vengativos, con

características que los hacían casi perfectos y, por lo tanto, inalcanzables para un ser humano. La religión griega se basó sencillamente en la mitología, que se caracterizó por su talante sincrético, ya que incorporaba en sus relatos elementos de diversas culturas. En esta religión politeísta, cualquier fenómeno y elemento de la naturaleza, así como las principales actividades económicas, quedaron representados por divinidades con apariencia humana. Así, en los mitos griegos podemos encontrar un gran número de dioses pertenecientes a épocas y lugares distintos. Por este motivo resulta complicado reconstruir el panteón completo. De hecho, en algunas ocasiones, los dioses se confunden, un mismo suceso presenta varias versiones, y se llegan a dar importantes confusiones. Entre estas divinidades, que moraban en el monte Olimpo, se formaron complejas relaciones y vínculos que son la base de la mitología griega (Bernabé, 1989).

La mujer en otras culturas antiguas

De la misma manera, en la mitología aborígen australiana, la tierra, como ente femenino, es quien crea los diferentes seres que habitarán el mundo, estos mitos de la creación ocupan pues, un lugar muy importante en la narrativa popular y cultural de Australia. La creación y ordenación del mundo tuvieron lugar en un periodo mitológico y sobrenatural, conocido como “Alchera”, Dreaming o Dreamtime, cuya traducción literal es “Tiempo del Sueño”. En este tiempo mágico, la Tierra tomó forma y la vida surgió en ella. En la mayor parte de las leyendas que hablan del Dreaming, se relatan los viajes de los espíritus ancestrales, llamados Wondjina, que crearon el mundo tal y como lo conocemos, con sus ríos y sus rocas, las estrellas y que dieron vida al ser humano, a las plantas y a los animales. Posteriormente, durante el Dreamtime, estos espíritus viajaron libremente

por Australia, y después de transmitir a los seres humanos los conocimientos necesarios para su supervivencia y para el mantenimiento del orden establecido, los Wondjina desaparecieron dentro de la tierra y habitan en las formas del mundo natural que crearon: rocas, pájaros, ríos, y otros entes de la naturaleza (Bergua, 2000).

Otro de los mitos de creación más extendidos y conocidos entre los aborígenes australianos es el de la “Madre Serpiente”, también llamada “Serpiente Arco Iris”. Esta divinidad ancestral es la personificación de la fertilidad, la diosa de la lluvia y tiene poderes para dar vida. Según cuenta la leyenda, al principio la Tierra era un espacio vacío y llano, en cuyo interior descansaba la “Gran Madre Serpiente” que permaneció en un profundo sueño durante muchísimo tiempo. Repentinamente se despertó y reptó por el interior de la tierra hasta llegar a la desierta superficie. Comenzó a recorrer la tierra, y a medida que avanzaba, tal era su poder, provocó una gran lluvia, y se formaron lagos, ríos y pozos de agua. Cada sitio que visitó lo nutrió con la leche de sus pechos rebosantes haciéndolo fértil, y una frondosa vegetación creció en la tierra antes yerma. Grandes árboles con frutos de muchos colores y formas brotaron de la tierra (“El mito ante la antropología y la historia”, 1984).

La diosa introdujo su nariz en el suelo, levantando cadenas montañosas y abriendo profundos valles, mientras que otras partes las dejó lisas y desiertas. La “Madre Serpiente” regresó entonces a la tierra y despertó a los animales, a los reptiles y a los pájaros que la poblaron por vez primera, y finalmente creó a los peces. Por último, según cuenta la leyenda, la diosa extrajo de las entrañas de la propia tierra a la última de las criaturas, el ser humano. De la “Madre Serpiente” los seres humanos aprendieron a vivir en paz y armonía con todas las criaturas de la creación, ya que eran sus primos espirituales. Además, la diosa enseñó al hombre la vida tribal, a compartir

y tomar de la tierra solamente aquellos bienes que necesitasen, respetando y honrando a la Naturaleza. Aprendieron que cada elemento había sido puesto por la diosa en equilibrio. El ser humano entendió que su papel era el de guardián y protector de ese equilibrio y que debía transmitir este conocimiento de generación en generación. Antes de desaparecer, la “Madre Serpiente” advirtió que si el hombre abusaba y mataba por placer o por gula, encontraría al culpable y le castigaría.

Con la idea de crear estas nuevas criaturas, la diosa descendió a la tierra y tuvo que enfrentarse a unos espíritus malignos que intentaron acabar con su vida. La diosa, más poderosa y fuerte, derrotó a estos espíritus y la calidez de la diosa se mezcló con la oscuridad, surgiendo unas diminutas formas de vida que empezaron a moverse por allí y se transformaron en danzarinas mariposas, juguetonas abejas y otros insectos que comenzaron a revolotear en torno a ella. Pero en este mundo luminoso y vivo, aún había cuevas oscuras y heladas; sobre ellas la diosa esparció también su mágica luz y en el interior de las cuevas formó agua. Pronto vio cómo aparecían nuevas criaturas: peces y lagartos que se deslizaban por el agua. La diosa había derrotado definitivamente a la oscuridad, y el nuevo mundo se llenó de pájaros y animales que poblaron la tierra, llenándola de vida, (“El mito ante la antropología y la historia”, 1984). Por otro lado, el mito de los *karraur*, aborígenes australianos, sirve para explicar la salida y la puesta del sol. Cuando el mundo estuvo lleno de luz y de vida, Yhi dijo a las criaturas que ella se marchaba, bendiciéndoles con el cambio de las estaciones, y prometiéndoles que cuando muriesen se encontrarían con ella. Entonces, la diosa se transformó en una potente bola de luz y se alzó en el cielo, para desaparecer después en el horizonte. Todas las criaturas de la tierra se asustaron porque a medida que Yhi desaparecía,

la oscuridad llenaba la tierra. Poco a poco, las criaturas fueron quedándose dormidas en la nueva oscuridad de la noche, para ir despertando lentamente ante la luz de un nuevo amanecer. Lo que pronto supieron las criaturas, es que Yhi nunca iba a abandonar totalmente su creación y que tras anochecer, volvería a aparecer por el este, día tras día (Eliade, 1978).

A esta diosa también le atribuyen los *karraur* la creación del hombre y de la mujer. Yhi había creado primero al hombre, que rodeado de plantas y animales vagaba por la tierra y se sentía solo, ya que ni bestias ni vegetales se parecían a él. Una mañana la diosa se acercó a él mientras descansaba cerca de un árbol y tenía insólitos sueños. A medida que se despertaba de su profundo sueño, vio la flor del árbol brillando a la luz del sol. Atónito el hombre pudo contemplar el auténtico poder de Yhi actuando sobre el tallo de la resplandeciente flor. Repentinamente el tallo empezó a moverse y tomó aliento. De improviso, la flor mudó de forma y se convirtió en una mujer, que emergió pausadamente desde la luz. Así apareció la primera mujer de la creación.

En otras culturas la narrativa mitológica nos muestra también la preponderancia de la mujer en la construcción de sus sociedades. Así, por ejemplo, Grainne, semidivinidad solar celta, expresa el aspecto más radiante de la feminidad. Brigit (Brigantia en galés, que deriva del irlandés *brig*, que significa “poder o autoridad”) es la antigua diosa madre irlandesa, hija del dios Dadga, y que será cristianizada en Santa Brígida. Siguiendo la misma lógica, Dana (Ana, Anu, o Don), la madre de todos los dioses celtas, será cristianizada bajo la figura de Santa Ana, la madre de la Virgen María (García, 1981).

En la mitología celta, la diosa Dana o Anu, era la Gran Diosa Madre, era la floreciente fertilidad, la Madre de todos los dioses y formaba una trinidad, era la protectora del ganado, la

salud y la prosperidad. Era una diosa lunar, los ríos y pozos estaban bajo su protección. A ella se apelaba para que concediera abundancia, sabiduría y comodidad. Vienen también a nosotros figuras importantes de la femineidad representadas en las hadas como semidivindades, y su creencia derivaría de cultos a divinidades femeninas precélticas, las cuales serán asociadas con las fuerzas de la naturaleza, principalmente con fuentes, ríos y bosques. Esta creencia en la actitud benéfica continuará a lo largo de la Edad Media con la figura de las hadas, cuya influencia y poderes quedarán vigentes en España y toda Europa hasta aproximadamente el siglo XVI (Benítez, 1995).

Esta influencia pasa generacionalmente hasta la actualidad, cuando aún se reviven en numerosos cuentos infantiles y otras narrativas que combinan la magia con la aspiración del ser humano a poseer dotes de inmortalidad o elementos mágicos de trascendencia (Domínguez 1983). Así, Carl Jung, entre otros estudiosos, se dedicó a la exploración de la mitología, la religión y la filosofía, especialmente por el simbolismo de tradiciones místicas complejas tales como gnosticismo, alquimia, cábala y tradiciones similares en el hinduismo y el budismo, que siguen teniendo un sentido en el inconsciente influenciando los hábitos de la persona (Boeree, 1998).

En el contexto hinduista, el culto a la diosa madre puede seguirse hasta los orígenes de la cultura védica, y quizá más allá. El Rig Veda llama al poder divino femenino Mahimata, un término que significa literalmente “madre tierra”. En algunos lugares, la literatura védica alude a ella como Viraj, la madre universal, como Aditi, la madre de los dioses, y como Ambhrini, la nacida del Océano Primordial. Durga representa el poder y la naturaleza protectora de la maternidad. Una encarnación de Durga es Kali, que nació de su frente durante la guerra (como medio para

derrotar al enemigo de Durga, Mahishasura). Durga y sus encarnaciones son especialmente adoradas en Bengala (Neumann, 2009).

Actualmente, Deví es representada en múltiples formas, todas personificando la fuerza creativa del mundo, como Mayay Prakriti, la fuerza que galvaniza la raíz divina de la existencia en autoproyección como el cosmos. No es, pues, meramente la tierra, aunque esta perspectiva sea cubierta por Párvati (la encarnación previa de Durga). Todas las diversas entidades femeninas hinduistas son consideradas como muchas facetas de la misma divinidad femenina (Baring y Cashford, 2005).

Las egipcias conocieron un mundo en el que la mujer no era ni la adversaria ni la sierva del hombre. El secreto de vivir la plenitud como esposas, como madres, en el trabajo, o como iniciadas en los misterios del templo, sin renunciar a su identidad a favor del varón, reside en la fuerte presencia de las diosas, en especial Isis, quienes aportaban modelos claros de comportamiento para todas las mujeres (Rachewiltz, 1990).

La mujer y su imagen se asocian muy a menudo con la vida y la fertilidad. Este es el caso de la diosa Isis, que se asocia con varios principios: en tanto que esposa de Osiris, que fue muerto por su hermano, se relaciona con los ritos funerarios. Como madre, se convierte en la protección femenina pero, especialmente, como símbolo de la matriz, la que da la vida. Por medio de esta diosa, los principios de la vida y la muerte se unen estrechamente. De hecho, aunque ella esté asociada con los ritos funerarios, es necesario recordar que la meta de estos ritos era evitar al difunto el experimentar una segunda muerte en la otra vida, lo que además explica el alimento descubierto en las tumbas por los arqueólogos. Por otra parte, la vida en su aspecto físico no tiene sentido más que por la muerte, porque ambos principios forman parte de un proceso de renacimiento eterno que es, en un sentido

espiritual, el ciclo de la vida. Uno de los símbolos de la diosa es la palmera, el símbolo de la vida eterna: Isis insufla a su esposo muerto el soplo de vida eterna.

Esta idea de la vida eterna y de la madurez que refleja Isis, reverenciada como Madre celestial, la hará, con el paso del tiempo, la diosa más importante de la mitología, llevando su influencia a las religiones de diferentes civilizaciones donde su culto se consolidará, especialmente en todo el imperio romano. Las diosas más influyentes en la narrativa egipcia son: Isis, la “Gran Maga”, la gran diosa madre amorosa, esposa fiel, reina de los dioses, diosa de la maternidad y del nacimiento; Hathor, la diosa del amor, de la belleza, diosa nutricia, de la danza y las artes musicales, y patrona de los ebrios; Bastet, la diosa protectora del hogar; Sejmet, la diosa feroz, y Tueris, la “Grande”, diosa de la fertilidad, protectora de las embarazadas (Desroches, 1999)

En la cultura azteca tres diosas que parecerían ser variaciones de una misma divinidad, simbolizan a la Tierra en su dualidad creadora y destructora: Coatlicue, Cihuacóatl y Tlazoltéotl. Los significados de sus nombres, son respectivamente “la de la falda de serpientes”, “mujer serpiente” y “diosa de la inmundicia”. En la mitología azteca Coatlicue tenía una singular relevancia, por ser la madre de las deidades del firmamento, es decir, de la Luna, las estrellas y el Sol. El dios colibrí, Huitzilopochtli, numen mexicana de la guerra, nació justamente de Coatlicue quien había quedado encinta, milagrosamente, al guardar en su seno una bola de plumas que cayó del cielo. Cuando Coyolxauhqui (la Luna) y los Cuatrocientos Surianos (las estrellas) estaban a punto de ultimar a Coatlicue, nació Huitzilopochtli, armado de su serpiente de fuego (rayo de sol) y los derrotó en la cima de Coatepec, el cerro sagrado.

Cihuacóatl, por su parte, es la protectora de las

Cibuateteo, mujeres muertas en el parto que en las noches emiten alaridos aterradorizantes. En especial en ciertos periodos del año, las Cibuateteo descienden al Tlalticpac (nuestro mundo) para espantar a desventurados viajeros en las encrucijadas de las rutas solitarias. Estas presencias fantasmales eran funestas en especial para los niños. Más importante aún era el culto a Tlazoltéotl, también llamada Ixcuina, “diosa de las inmundicias”. Su veneración parece haber llegado a Tenochtitlan desde las regiones huastecas. A esta diosa se la representaba de una manera parecida al dios Xiipe-Totec, es decir, cubierto con la piel de una víctima sacrificial. No obstante tenía un distintivo específico: una venda de algodón en el tocado, ornamentada con dos malacates (husos) y además, una mancha negra que le cubría la nariz y la boca. Uno de sus atributos era la escoba, puesto que el tiempo de sus fiestas era el “Ochpaniztli”, “mes en el que se barre”. Hijo suyo era Centéotl, el dios del maíz. Tlazoltéotl devoraba las cosas inmundas (pecados) de los seres humanos, purificándolos a su descarnada manera. Por ello, los sacerdotes de esta diosa practicaban un cierto rito de confesión. Las nociones de tierra y muerte estuvieron permanentemente presentes en el imaginario azteca, no solo porque la tierra es el destino de los muertos tras la muerte, sino además por ser el sitio en donde se ocultan los astros, figuraciones de los dioses, cuando descienden por el oeste y van al inframundo. Para los antiguos mexicanos la tierra es una suerte de monstruo, similar a un lagarto y a un tiburón, posiblemente una evocación del “pejelagarto”, animal que habita en los ríos cercanos al Golfo de México. (Morales, 2011)

En la mitología africana algunos mitos hablan de una Madre de quien descienden todos los seres humanos. Por ejemplo, los Akposo (de Togo) dicen que cuando Uwolowu (Dios) creó a los seres humanos, hizo primero a una mujer con

quien tuvo un hijo, el primer hombre. Los Ibibio (de Nigeria) dicen que los seres humanos vienen del dios Obumo que era el hijo de diosa madre Eka – Abasi. Se habla en África oriental sobre una mujer virgen, llamada Eka, que cayó del cielo a la tierra y tuvo un hijo; el hijo se casó con otra mujer y dieron origen a la sociedad humana. En una leyenda Tutsi (de Ruanda), se cuenta que la primera pareja de seres humanos vivía en un paraíso pero eran estériles y no podían tener hijos. Le pidieron ayuda a Dios y este hizo una figura pequeña con arcilla y le dijo a la mujer que pusiera la figura en una olla durante nueve meses. Todos los días la mujer tenía que poner leche en la olla, por la mañana y por la tarde. Dios le dijo que solo sacara la figura cuando esta tuviera brazos y piernas. La mujer siguió estas instrucciones, y después de nueve meses sacó la figura de la olla que se había convertido en un ser humano. Dios hizo más personas siguiendo este método hasta que hubo suficientes para poblar la tierra (Husain, 2001).

Algunos mitos mencionan solo el nombre de la mujer y no el del hombre. Muchos mitos cuentan que la primera pareja fue traída por Dios del cielo a la tierra. De esta manera hablan mitos de pueblos tan lejanos unos de otros como los Akamba, Turkana, Luo, Baranga, Banyoro, Yoruba, Ibo y muchos otros. En otros mitos se dice que la mujer fue hecha por Dios del cuerpo del hombre, o después que el hombre ya había sido creado, por ejemplo, entre los Kwotto (de Nigeria). El fuego es un elemento importante en la vida humana. En algunos mitos son las mujeres quienes inventaron o descubrieron el fuego.

Entre los Bambuti se cuenta que Dios les dio una norma a los primeros seres humanos: ellos podrían comer las frutas de todos los árboles, excepto las de un árbol. Las personas observaron esta regla, hasta que una mujer embarazada apremiada por el deseo le pidió a su marido para que le trajera la fruta prohibida. El marido fue

sigilosamente por el bosque cogió la fruta y se la trajo a la mujer. Sin embargo, la luna, que estaba mirando todo esto, fue e informó a Dios. Dios se puso tan enfadado que como castigo envió la muerte a la tierra (Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984).

La mitología ucraniana cultiva la imagen de la mujer como madre, dándole una importancia muy especial y primera al hombre, con la idea de que la mujer fue la primera persona sobre la faz de la tierra y que no es creada de la costilla del hombre sino esculpida de la arcilla dorada, apareciendo en la tierra limpia de pecados. El nombre de la primera mujer se llamó Slava, “Gloria”, destinada por los dioses para propagar así su gloria y su destino procreando y educando a sus hijos por las leyes justas del Universo “*Vyryj*” y cuidar la humanidad. Solo después se creó al hombre, Guk, estaba hecho de piedra y destinado a buscar a *Slava* de manera que fuera el padre de la humanidad y su protector (Ruíz de Elvira, 1982).

La mujer, musa de todas las artes

Son las mujeres, en su divinidad, las creadoras de las artes, las musas inspiran a aquellos quienes las invocan y les caen en gracia, ellas son: Clío, Talía, Erato, Euterpe, Polimnia, Calíope, Terpsícore, Urania y Melpómene (Niedner, 1997). Lo femenino incluso condiciona el destino de todos los seres humanos en la figura de las Moiras o Parcas, que son las que asignan la vida y su devenir, ellas son: Cloto, la que hila; Láquesis, la que asigna el destino, y Atropos, la inexorable; en algunos textos de mitología romana se les llama Nona, Décima y Morta.

Calíope representa la poesía erótica, aparece con una tablilla y un estilete y en ocasiones con un pergamino, su nombre significa “la de la bella voz”; Clío es la musa de la historia, parece sentada con un pergamino abierto o un cofre de libros, su nombre significa “la que ofrece

gloria”; Erato es la musa de la lírica y la poesía amorosa, aparece llevando una lira, su nombre significa “la amable”; Euterpe es la musa de la música y la poesía lírica, aparece con una flauta, su nombre significa “la muy placentera”; Melpómene como musa de la tragedia aparece con una máscara trágica, la cabeza rodeada de hojas de parra y llevando coturnos, su nombre significa “la melodiosa”; Polimnia representa la poesía sacra y la geometría, aparece entonces con un gesto serio, su nombre significa “la de muchos himnos”; Talía, musa de la comedia aparece con una máscara cómica, significa “la festiva”; Terpsícore, musa de la danza, aparece con un instrumento musical de cuerda, en ocasiones la lira y en otras la viola, o parece bailando, pues su nombre significa “la que deleita en la danza”; Urania, musa de la astronomía y la astrología, aparece con un compás y un globo celeste, haciendo honor al significado de su nombre “la celestial” (Hard, 2008).

Algunas divinidades menores en la mitología griega son, entre otras, las ninfas, protectoras de la naturaleza como Dafne, la cual, perseguida por Apolo, es transformada en laurel; las ninfas del ocaso o Hespérides, tres hermanas que cuidan el jardín de la diosa Hera (Juno), donde se cultivan las manzanas de la inmortalidad, las cuales les son robadas por Hércules (Heracles), y las Nereidas, protectoras de los mares y ríos. Las ninfas viven en las grutas hilando y cantando, en ocasiones conforman el séquito de algunos dioses y diosas. Las Meliades cuidan los Fresnos; las Náyades, el agua; las Oréades, las montañas; las Alseides, los bosques; las Hamadriades, los árboles, a las que pertenece, por ejemplo, la ninfa Eco, que se enamora de Narciso y es rechazada por este que solo se ama a sí mismo, entonces se transforma en una voz que

repite las últimas palabras; Siringe, por su parte, es transformada en caña, con la que el dios Pan hace el instrumento musical.

¿Pero cuál es el origen de estas divinidades que no se encargan del poder político o económico sino que son capaces con sus dones y habilidades de encantar, enamorar, crear cultura y heredar sus potencialidades a los seres humanos? Cuando finalizó la guerra con los Titanes, en la que los tres hijos de Rea salen vencedores, los demás dioses del Olimpo le pidieron a Zeus que creara divinidades capaces de cantar el nuevo orden establecido en el Universo. Entonces este, disfrazado de pastor, se unió durante nueve noches consecutivas con Mnemosine, hija de Gea y Urano, hermana de Cronos y Okeanos. Mnemosine, personificación de la memoria, “sabe todo lo que ha sido, es y será”, posee el conocimiento de los orígenes y de las raíces, poder que traspasa los límites del más allá. En Lebadea, ciudad de Beocia, existía una fuente con su nombre, de donde tenían que beber los asistentes al oráculo de Trofonio para tener acceso a la revelación. En las regiones infernales, en el oscuro reino de Hades, existía también una fuente de Mnemosine, a la que se le oponía la de Lete, el río del olvido, del que bebían los difuntos para olvidar su vida terrena. Para los griegos, los muertos son aquellos que han perdido la memoria. De la unión de Zeus con Mnemosine nacieron las Musas. Así, de la unión de lo divino con la memoria se producen las artes, la inspiración y las manifestaciones de cultura. Las Musas eran sumamente sabias pues conocían todas las historias. Ellas suplen las ausencias de la tradición, teniendo acceso a la sabiduría de Mnemosine, el conocimiento de los orígenes y de las verdades eternas (Neumann, 2009). La mujer es entonces fuente no solo de inspiración sino también de sabiduría, ya que en las diferentes etapas de su existencia la mujer influye de modo positivo o negativo la sociedad que encarna y representa.

La mujer que desata pasiones

Muchas fueron las mujeres amadas por los dioses griegos, perseguidas y conquistadas por ellos, la mitología está llena de estas historias, que recrean amores imposibles, algunos correspondidos y otros evadidos. Zeus en su gran poder como superior de los dioses del Olimpo, consigue los amores de muchas mujeres, utilizando para ello diferentes formas humanas y animalescas. Entre sus conquistas están por ejemplo, Io, quien es transformada en una vaca, por Hera, la esposa de Zeus, con ella engendra a Epafo; Europa, quien es conquistada por un hermoso toro blanco que no es otro que Zeus, unión de la cual nace Minos, rey de Creta, Sarpedón y Radamantis (jueces del infierno). Transformado en lluvia de oro, Zeus posee a Danae, y de esta unión nace el héroe Perseo.

En su relación con Metis, Zeus engendra a Atena, diosa de la sabiduría; con Dione, engendra a Afrodita, diosa del amor; con Eurínome, a Cárites; con Leto (Latona) a Apolo, dios del sol, y a Artemisa (Diana), la diosa cazadora; con Démeter, a Perséfone, la diosa del Hades. En relaciones con humanas el dios Zeus procrea a numerosos héroes y semidioses, entre los cuales se puede nombrar a Herácles (Hércules) con Alcmena, disfrazado de Anfitrión, el esposo de esta. Con Antíope, transformado en sátiro, engendra a Anfión y Zeto; con Calisto, convertida en Osa y él convertido en Artemisa (Diana), engendra las Arcas; con Egina, a Eaco; con Electra, a Dárdano, Yasión y Harmonía; con Leda, transformado en cisne, tienen un hijo y una hija, que vienen en dos huevos junto con otros dos hijos humanos de Leda y su esposa, así nacen Helena, Pólux, Cástor y Clímnestra; con Maya tiene a Hermes (Mercurio); con Niobe, a Argo y Pelasgo; con Pluto, a Tántalo; con Sémele, que es fulminada, a Dioniso; con Taigete, a Lacedemón. Todas estas uniones re-

presentan no solo el poder fálico sino la necesidad ancestral de la población de la tierra, a más hijos más poder, más economía, más territorios conquistados, predominio del patriarcado y el machismo del que hoy tenemos todavía raíces en nuestras culturas.

Pero también las mujeres, no diosas, hacen que otros humanos sucumban ante sus dones amorosos o su belleza física. Así, por ejemplo, Helena es la causante de la famosa guerra de Troya cuando, siendo la esposa de Menelao, rey de Esparta, accede escaparse con París, príncipe de Troya, lo que ocasiona la más larga guerra entre los pueblos griegos, y con ellas el dolor de muchas familias al perder a sus esposos, hermanos e hijos, caso por ejemplo de Andrómaca quien pierde a su esposo Héctor, otro de los príncipes troyanos que en nada estuvo de acuerdo con su hermano París en la decisión de llevarse consigo a Helena para Troya.

De igual modo Casandra, profetiza de Troya, amada por Apolo, tiene el terrible castigo de no ser creída en sus profecías, lo que ocasiona la destrucción sin piedad de todo su pueblo por los griegos, después de que ella les advirtiera del peligro de recibir regalos de estos; Ajax la rapta y la lleva como botín de guerra a Agamenón, hermano de Menelao, quien la hace su concubina (López, 2008).

Otra figura de mujer que aparece en la tragedia griega es Antígona, hija de Edipo y Yocasta, quien a la vez es su abuela y que acompaña a su padre en el destierro, y desobedeciendo los órdenes de su tío y rey de Tebas sepulta a su hermano Polinices, aun bajo la amenaza de ser enterrada viva. De igual modo Electra, hija de Agamenón, venga la muerte de su padre a manos de Clímnestra, hermana de Helena, con su hermano Orestes. Estas figuras femeninas son representativas del poder del amor sobre las reglas sociales impuestas.

En Roma sobresalen figuras como Belona, diosa de la guerra; Pomona, diosa de los frutos; Mater Matuta, diosa de los recién nacidos y del amanecer; Hécate, diosa triforme representante de la hechicería; Hebe, diosa de la juventud, esposa divina de Heracles; Iris, mensajera de los dioses y hermana de las Arpías; las Furias o Erinias que persiguen crímenes familiares, llamadas también Euménides, son tres: Alecto, Tisífone y Megera; las Horas son seis, llamadas Eunomia, Dice, Eirene, Disciplina, Justicia y Paz; las Gracias o Cárites, que conforman el séquito de Apolo, llamadas Eufrosine, Talía y Aglae; las Grayas, siempre viejas, que comparten un ojo, similar a la tradición griega, son Enio, Pefredo y Dino.

Las mujeres en la mitología son también heroínas. Así, Pandora, la primera mujer, esposa de Epimeteo y madre de Pirra, es la portadora en su cofre de la esperanza, y de todos los males que los dioses enviaron a los humanos para que no alcanzaran nunca el poderío que estos ostentaban. Alcestis cambió su vida por la de su marido para que este no muriera, los dioses, compadecidos, permiten que Hércules la traiga del infierno nuevamente a la vida; Hipólita es la diosa de las Amazonas, asesinada por Hércules para conseguir su cinturón dorado como una de las doce pruebas que debía cumplir para alcanzar su deificación; Aracne, después de perder la competencia con Atenea para ver quién tejía mejor, es convertida por esta en una araña; Atalanta, que no quería casarse, retaba a todos sus pretendientes a una carrera en la que morirían quienes no ganaran, es vencida por Hipómenes, quien la engaña arrojándole manzanas de oro en el camino, se enamoran y consuman su amor en el templo de la diosa Cibele, quien los convierte en leones; Ariadne, ayuda a Teseo a encontrar el camino en el laberinto del Minotauro, este promete casarse con ella pero la abandona y Dioniso, al oír su llanto, la convierte en su esposa.

Lo monstruoso como reflejo de lo femenino

En la mitología griega se habla de mujeres monstruos que con su apariencia terrorífica y sus poderes ponen en peligro el poderío del hombre, héroe o dios. Entre ellas están las Grayas y las Gorgonas. Las Grayas son Dino, que representa el temor, la anticipación al horror; Enio, el horror, la destructora de ciudades, y Pefredo o Penfredo, la alarma. Estas son divinidades preolímpicas que viven en una cueva y comparten un solo ojo y un solo diente, son representadas como ancianas exageradamente feas. En la narrativa, el héroe Perseo las engaña quitándoles su único ojo para obligarlas a decirle cómo destruir a la Gorgona.

Las Gorgonas son también tres hermanas monstruosas: Esleto, Uríale y Medusa, la única mortal de las tres; son representadas con alas, garras, colmillos y serpientes en sus cabezas. El poder de Medusa era superior, pues, con solo su mirada petrificaba a quien la veía. Perseo, el héroe mitológico le arranca la cabeza, y aun después de ser arrancada de su cuerpo la cabeza de medusa sigue convirtiendo en piedra a quienes la miran.

Otra imagen que simboliza la monstruosidad hecha mujer en la mitología es la Esfinge, si bien su rostro es de mujer su cuerpo es de león y posee alas de ave. Esta es narrada en el mito de Edipo, quien la vence con solo adivinar el acertijo que esta le propone; después de que muchos hombres habían perecido, Edipo logra salvar al pueblo y la esfinge desaparece.

También encontramos en esta amplia mitología a las Arpías, monstruos femeninos despiadados, utilizadas por los dioses para infringir castigos a otros dioses y a humanos. Hesiodo las nombra como Aelo, viento tempestuoso, Ocípete, vuelo rápido, y Celeno, la oscura. Estas tenían cuerpo de ave y garras afiladas, su figura aparece castigando a Fineo, rey de Tracia, quien

poseía el don de la profecía, y fue castigado por los dioses al revelar sus secretos a los humanos. El castigo consistía en no poder comer nada, pues, cada vez que se quería llevar algo a la boca las Arpías se lo arrancaban. El héroe Jasón y los argonautas logran ahuyentarlas con ayuda de héroes alados, pero no son destruidas, porque la diosa Iris, su protectora, no lo permite; de igual manera son nombradas en la Divina comedia de Dante Alighieri.

Si bien las sirenas llegan a nuestro imaginario más como una figura infantil y de sentimientos románticos, sus orígenes representan mujeres con cola de pez que poseen dones musicales utilizados para atrapar a los hombres que pasan por sus territorios, destruyéndolos; la Odisea narra cómo Ulises (Odiseo) las evade tapando los oídos a toda su tripulación, a quienes les pide que lo amarren fuertemente a un mástil para poder escuchar su melodioso sonido.

Otras monstruosas mujeres son Escila y Caribdis, ambas aparecen en La Odisea obstruyendo el viaje de regreso de Ulises a su Itaca. Otras mujeres monstruosas son, Equidna, serpiente mujer que habitaba la gruta de Medusa; Lamia, bruja que secuestraba niños y que aún hace parte del imaginario colectivo, y Empusa, guardiana del Hades, que tiene la facultad de metamorfosearse (Ruíz de Elvira, 1982).

En un principio, Caribdis era una hermosa muchacha, aunque era demasiado glotona. En una ocasión devora parte del ganado de Heracles y Zeus (que para algo es el padre de Heracles) la arroja al mar de donde surge convertida en monstruo. Tres veces al día absorbe agua con todo lo que esta contiene, peces y barcos para luego vomitarlo. Vive en el estrecho de Mesina, al otro lado de Escila, de manera que los marineros deben elegir entre un peligro u otro. Odiseo se enfrenta a Escila y pierde seis marineros, por lo que luego opta por Caribdis. Allí pierde a todos sus marineros como castigo porque estos

han comido las vacas de Helio. Solo Odiseo, que se negó al banquete, se salva (López, 2008). Escila es un engendro, tenía medio cuerpo de mujer que se sostenía sobre seis medios perros, con una cabeza y dos patas cada uno. Hay varias tradiciones. En una de estas, Escila es una bella muchacha que se enamora de Glauco y que provoca que este desprecie a la maga Circe, por lo que es convertida en ese monstruo. En otra, el enamorado es Poseidón, y su esposa, celosa, le pide a Circe que la metamorfosee. En otra, Glauco y Poseidón la pretenden y como Escila escoge a Glauco, Poseidón la castiga de esta forma. Vivía en una cueva en el estrecho de Mesina, donde devoraba a aquel que se le acercara, como ocurrió con los seis compañeros de Odiseo. Heracles la mata (Callejo, 1999).

En la cultura hindú, Kali es la encarnación de la fuerza femenina, una fascinante personalidad que expresa la energía primordial. Cuando ella nació del entrecejo de Duaraga, los cielos se llenaron de un rugido atronador. Esta Diosa, con una larga y compleja historia dentro del hinduismo, es la representación del dualismo que salva la vida a través de la aniquilación. Es la diosa inspiradora de un temor reverencial y encarna tanto a la madre buena como a la terrible; a la creadora y a la destructora en su forma de vida, amor, muerte y destrucción. El significado primordial del arquetipo de Kali es la destrucción total del mal para crear un nuevo y limpio estado de conciencia.

La presencia de la mujer en la mitología de un pueblo puede servir para conocer el papel, o la importancia, de la mujer en esa sociedad. Es así como en muchas imágenes mitológicas habituales de la Madre se conjugan símbolos tanto creadores como destructivos, y esto lo podemos ver como un intento de representar a la Madre Naturaleza en todos sus aspectos. Existe la suposición de que muchos de los mitos mencionados anteriormente han llegado a

nosotros ya corruptos por las conquistas de las que fueron objeto las culturas, primitivamente matriarcales, procurando explicaciones de corte más patriarcal en las que se pretende ocultar o invisibilizar el papel protagónico de la mujer (Baring y Cashford, 2005).

El mito sabe mutar para adaptarse a los nuevos tiempos, y su revisión puede servir para redefinir el género femenino y nuestra cultura actual, pero ello no debe llevarnos a malinterpretar de manera anacrónica el pasado, ni a juzgar los mitos antiguos desde una escala de valores morales actuales. El uso del mito puede ser entonces positivo, pues permite plantear una redefinición artística, social, psicológica o filosófica del evento narrado en relación con el contexto particular desde donde se hace la interpretación, pero también se puede hablar de la existencia de un abuso del mito, que se produce cuando este se falsea o manipula ya sea de manera bien intencionada o por ignorancia.

Es diferente reinterpretar un mito o modelarlo desde nuestro tiempo, y darle un significado equívoco al significado que el mito tenía en su origen, juzgándolo desde nuestros propios valores morales. Por eso este escrito solamente pretende construir o reconstruir en nuestra memoria algunos de los antiguos poderes que dominaban el destino por medio de hilos entrelazados, imágenes de mujeres poderosas, especialmente las divinidades femeninas dominadoras o destructoras de hombres, como mirando un cuadro que realmente nos habla, nos dice algo que tiene que ver con nuestra manera de ver la vida y de vernos en ella.

Referencias bibliográficas

- Asimov, Isaac (1989). *Historia Universal*. (Los egipcios, volumen III). Madrid: Alianza.
- Baptista Díaz, Carlos (2001, ene.-jun.). El género en la literatura o lo otro. *Cifra Nueva*, 13, 73-79.

Baring, Anne y Cashford, Jules (2005). *El mito de la diosa: evolución de una imagen*. Madrid: Siruela.

Benítez, Santiago (1995). *Sueños mágicos*. Temas esotéricos. Chicago: Enciclopedia Británica Incorporación

Bergua, Juan B. (2000). *Mitología universal*. Madrid: Clásicos Bergua.

Bernabé, A. (1989, julio). Generaciones de dioses y sucesión ininterrumpida. El mito hitita de Kumarbi, la "Teogonía" de Hesíodo y la del "Papiro de Derven". *Revista de Estudios del Próximo Oriente Antiguo*, 7(2), 159-180. *Aula Orientalis*, 7. Recuperado de http://www.aulaorientalis.org/aulaorientalis_vii_2_1989.html

Borges, Jorge Luis (1987). *Obra poética 1923-1977*. Madrid: Alianza Tres.

Boeree, George (2002). *Teorías de la personalidad 1998*. Traducido por Rafael Gautier. Recuperado de <http://www.psyconet.org/jung/>

Callejo, Jesús (1999). Hadas. En *Seres Mágicos* (Vol. 2). Madrid: Editorial Edaf.

Centro de Investigaciones Sociológicas (ed.). (1984). *El mito ante la antropología y la historia*. Madrid: Ed. Siglo XXI.

Desroches Noblecourt, Christiane (1999). *La mujer en tiempos de los Faraones*. Madrid: Editorial Complutense.

Domínguez Ortiz, Antonio (1983). *Historia Universal: Edad Moderna*. Barcelona: Vicens Vives.

Eliade, Mircea (1978). *Historia de las creencias y de las ideas religiosas* (4 vols.). Madrid: Ediciones Cristiandad.

Freud, Sigmund (1996). *Obras completas*. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu Editores.

Frugoni, Chiara (1992). La mujer en las imágenes, la mujer imaginada. En Duby, Georges y Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres* (Vol. 4:

La Edad Media: Huellas, imágenes y palabras. Madrid: Taurus.

García Gual, Carlos (1981). *Mitos, viajes, héroes*. Madrid: Taurus.

Hard, Robin (2008). *El gran libro de la mitología griega*. Madrid: La esfera de los libros.

Henningsen, G. (1983). *El abogado de las brujas. Brujería vasca e Inquisición española*. Madrid: Alianza.

Husain, Shahrukh (2001). *La Diosa. Creación, fertilidad y abundancia. Mitos y arquetipos femeninos*. Singapore: Taschen.

Jacq, Christian (2001). *Las egipcias: retratos de las mujeres del Egipto faraónico*. Barcelona: Planeta De Agostini.

Jung, C. G. (1999). *Obras completas*. Madrid: Editorial Trotta.

La creación según los griegos (2007). Recuperado de http://ojoeternidad.blogspot.com/2007_03_01_archive.html

Larocca, Félix (s.f.). La mujer en la mitología: su significado moral, histórico y psicológico. Recuperado de <http://www.monografias.com/trabajos49/la-mujer/la-mujer2.shtml>

López Trujillo, Fernando (2008). *Mitología Griega: Breve historia de la mitología griega*. Madrid: Nowtilus.

Montet, Pierre (1990). *La vida cotidiana en Egipto en tiempos de los Ramsés*. Madrid: Temas de Hoy.

Morales Rojas, Jesús Ademir (2011). Deidades aztecas de la tierra. Recuperado de <http://jesus-ademir-morales-rojas.suite101.net/deidades-aztecas-de-la-tierra-a54766#ixzz1dbI8aYfj>

Neumann, E. (2009). *La Gran madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*. Madrid: Editorial Trotta.

Niedner, Heinrich (1997). *Mitología Nórdica*. Barcelona: Edicomunicación.

Rachewiltz, Boris (1990). *Los antiguos egipcios*. Barcelona: Plaza & Janés.

Roberts, John M. (1989). *Las primeras civilizaciones*. Madrid: Debate.

Roig, Monserrat (1990). *El Canto de La Juventud*. España: Península.

Ruiz de Elvira, A. (1982). *Mitología clásica* (2.^a ed. corregida). Madrid: Editorial Gredos.

Sófocles (1981). *Tragedias: Áyax, Las Traquinias, Antígona, Edipo Rey, Electra, Filoctetes, Edipo en Colono*. Madrid: Editorial Gredos.

Vivas, Esther (2004). *Mumbai (Foro Social Mundial 2004). Balance y perspectivas de un movimiento de movimientos*. Icaria editoria.

i

